

## **El R. P. Eduardo Lagos, primer Abad Presidente de la Congregación Benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur<sup>1</sup>**

Hermanos en el sacerdocio y la vida monástica.  
Queridos hermanos y hermanas:

En realidad, nuestra comunidad está de fiesta: la pena por la pérdida de un miembro tan querido, tan importante en la historia de nuestro monasterio, y que en su tiempo ha tenido un papel tan central en la historia personal de cada uno de nosotros, no puede compararse a la alegría de saber que ha logrado lo que todos buscamos al venir aquí: llegar finalmente a la meta; alcanzar la tan deseada paz; entrar en el gozo de la vida eterna; pasar de las tribulaciones de este mundo a la morada del Padre. Así, con gran emoción, pero no con menos alegría, nos reunimos para despedir a nuestro Padre Eduardo a quien el Señor ha llamado en el preciso día de la Vigilia de Pentecostés en que, cerrando jubilosamente el Tiempo Pascual, la Iglesia celebra el don del Espíritu Santo.

Sin duda todos los aquí presentes conocimos al Padre Eduardo en el período de su madurez física e intelectual, primero en la plenitud de una vida sana y sumamente activa, luego, en su limitada ancianidad; lo hemos conocido como primer Abad y luego como Abad emérito del monasterio, pero desconocemos lo que precedió a todo aquello, la consolidación de esa personalidad tan recia, datos de su juventud, de su iniciación en la vida monástica, el papel tan importante cumplido al servicio de nuestra comunidad y de la Orden. Este es el momento de recordarlo: la historia de la salvación se presenta en cada hombre encubierta bajo misteriosos signos que sólo el tiempo de Dios ayuda a descifrar; permítanme traer ahora

---

<sup>1</sup> Homilía Pronunciada por el P. Gabriel Guarda, osb, Abad del Monasterio de la Santísima Trinidad de las Condes (Santiago de Chile), en las exequias del P. Lagos, el 25 de mayo de 1999.

aquí estos recuerdos que contribuyen a ilustrar la misteriosa construcción espiritual de un humilde hombre de Dios.

El Padre Eduardo nació en Ciruelos, provincia de Colchagua, en el seno de una familia de costumbres patriarcales, profundamente cristiana, compuesta por ocho hermanos -su hermano Juan Bautista, igualmente sacerdote, lo ha seguido, con diferencia de horas, a la Casa del Padre-. Criado en el medio tradicional de nuestro campo, desde su infancia manifestó una inteligencia vivísima y un espíritu extraordinariamente travieso, aunque siempre acompañado por una marcada inclinación a la vida religiosa; su ingreso al Seminario de Santiago, a edad muy temprana, no significó de ninguna manera un cambio en su manera de ser: sacaba las más altas notas en todos los ramos, menos en conducta, al extremo de haber pensado algunos de sus superiores en su definitiva suspensión; ello no se produjo gracias a la defensa que de él hicieron otros profesores, especialmente Monseñor Oscar Larson, quien intuía en su despierta inteligencia las más alentadoras esperanzas.

En cierta ocasión, corriendo a caballo en Punta de Tralca sufrió una caída que lo retuvo postrado durante un mes, al cabo del cual, apoyado espiritualmente por Monseñor Javier Bascuñán, en un evidente proceso de conversión, cambió radicalmente de conducta, serenándose en su comportamiento y sintiendo claramente un llamado más profundo al servicio de Dios, enfocado ahora hacia la vida contemplativa. Guiado desde ese momento por el Rector del Seminario, Monseñor Juan Subercaseaux, fue así como se decidió su envío al Monasterio de Quarr, en Inglaterra, donde ya había ingresado el primer benedictino chileno, el Padre Pedro Subercaseaux, hermano de don Juan: acaso la presencia allí de dos vocaciones de nuestro país determinara algún día la fundación de una casa en Chile. Así, a los 17 años, enteramente solo, se dirigió a aquella lejana casa, sin saber aun hablar inglés, comunicándose durante los primeros tiempos con los demás monjes en latín.

En Quarr permanecía en exilio la comunidad de la Abadía francesa de Solesmes; Congregación en la que el Padre Lagos profesó el 11 de febrero de 1932. Restituida esta venerable comunidad a su antiguo domicilio, nuestro Padre fue así ordenado sacerdote en Francia, en la misma Abadía de San Pedro de Solesmes, en octubre de 1936.

Paralelamente, a lo largo de estos años se comenzó a hacer manifiesto el plan de Dios en él, al irse efectivamente gestando con lentitud, dentro de los largos plazos fijados por la Providencia, la fundación de nuestro monasterio. Con el Padre Pedro, nuestro Padre Lagos debió esperar pacientemente que se cumplieran las condiciones para la concreción de tan

trascendental proyecto, solicitado a Solesmes por todo el episcopado chileno, con un amplio apoyo en los medios católicos de Santiago. La fundación se vino a verificar el 4 de diciembre de 1938, permaneciendo aun el P. Lagos en la Abadía de Quarr, desde donde finalmente volvería en 1943, para asumir diversas responsabilidades dentro de la naciente comunidad. Ecónomo durante muchos años, con mucho afán debió buscar los medios de subsistencia y atender las múltiples necesidades de la naciente fundación, sin poder recibir por entonces auxilio de la Abadía fundadora durante los largos años de la segunda guerra mundial.

Con inquebrantable fe, junto al Padre Pedro, debió sufrir lo que sin duda fue la mayor crisis de la historia de nuestro monasterio, al tener que dejar la Congregación solesmense el mantenimiento de la fundación, amenazada así en su misma existencia, después de tantos y tan grandes esfuerzos; al cabo de un año de angustiosas gestiones, en un ejemplar gesto de generosidad, su continuidad quedó asegurada al asumir su fundación la Congregación alemana de Beuron, en diciembre de 1948.

El Padre Eduardo continuó desempeñando el oficio de ecónomo, durante un tiempo, el de Maestro de Novicios -en Quarr había sido ayudante del Maestro de Novicios-, hasta su elección como superior -Prior Conventual-, en marzo de 1970 y luego, desde julio de 1980, como primer Abad: la bendición abacial se la impartió en esta iglesia Su Eminencia el Cardenal Eduardo Pironio, Prefecto de la Congregación de Religiosos, el 22 de noviembre de ese año, presentes todos los abades, abadesas y superiores de los monasterios benedictinos del Cono Sur.

Esta presencia tiene su explicación: paralelamente a su servicio a la comunidad, se debió a sus esfuerzos una de las misiones más altas para las que lo tenía destinado la divina Providencia, esto es, la creación de una nueva Congregación Benedictina que agrupara las diversas casas de Argentina, Uruguay y Chile, muy distantes de sus abadías fundadoras, todas pertenecientes a diferentes congregaciones benedictinas europeas. con diferencias en sus tradiciones, estilo de vida y costumbres. Fuera de la tramitación canónica en Roma, este proceso de unión requirió extraordinaria sabiduría y paciencia, pues no estuvieron ausentes en él las naturales dificultades, todas vencidas por el P. Lagos con la tenacidad que le era característica. Aprobada la nueva Congregación por la Santa Sede, con el título de la Santa Cruz del Cono Sur, en diciembre de 1976, fue elegido su primer Abad Presidente; con ocasión de su fallecimiento hemos recibido los más hermosos testimonios de los superiores de estas casas, que en este momento recuerdan con agradecimiento su solicitud y espíritu de servicio.

Finalmente hay que añadir que a su iniciativa también se le debe la fundación del primer monasterio de monjas benedictinas en nuestro país, proyecto largamente acariciado, asumido por la Abadesa de San Pelayo de Oviedo, Madre Amparo Moro, y finalmente concretado en el monasterio de La Asunción, en Mendoza de Rengo, establecido en abril de 1983.

Una gravísima enfermedad que lo tuvo al borde de la muerte, determinó su renuncia al cargo abacial en abril de 1982, para ir luego recuperándose lentamente, con firme voluntad, hasta poder llegar a participar de nuevo en la celebración de la Eucaristía y del Oficio Divino, junto a las demás actividades comunitarias, edificándonos a todos con su ejemplo. En los últimos meses dolorosas complicaciones en su salud determinaron de manera más inmediata su purificación espiritual y su preparación para el encuentro con el Padre.

Nuestro Padre Eduardo fue un varón prudente, de pocas palabras, de sabio consejo, gran confesor, austero, rezador, y de costumbres sumamente sencillas. No deja de ser interesante mencionar aun otros aspectos: consciente de la importancia de la formación espiritual, tuvo una verdadera pasión por asegurarla, creando una buena biblioteca, útil para los estudios teológicos y monásticos, las sagradas escrituras y las disciplinas humanísticas; plantó árboles y, con grandes esfuerzos, se dio maña para lograr dotar a nuestra iglesia de un buen órgano y de campanas, porque le gustaba algo que es propio de nuestro carisma, la dignidad del culto y la celebración de las divinas alabanzas.

En el *Prólogo* de la Santa Regla Nuestro Padre san Benito nos invita a correr en alas de la obediencia para militar bajo el verdadero rey, Cristo el Señor: «Por el progreso en la vida monástica y en la fe -dice-, dilatado el corazón, córrese con inenarrable dulzura de caridad por el camino de los mandamientos de Dios; de modo que no apartándonos jamás de su magisterio, participemos en los sufrimientos de Cristo, por las paciencia».

En el oficio de *Laudes* de hoy cantábamos, en el *Salmo* 64:

Dichoso el que tu eliges y acercas  
para que viva en tus atrios;  
que nos saciemos de los bienes de tu casa,  
*de los dones sagrados de tu templo.*

Este es el programa de cada uno de nosotros los monjes, esta es nuestra esperanza, por lo cual, llamados por Dios ingresamos al monasterio; este fue el programa de nuestro Padre Eduardo, esta su esperanza.

Pero la vida del hombre, frente a la santidad divina, es todo pecado y

430 miseria. Tener a cargo tantas almas y tantas responsabilidades trae consigo muchos peligros y produce en nuestra alma una gran inquietud; la sucesión de los días y los tiempos va marcada a lo largo de nuestra existencia por tantos y tantas omisiones, equivocaciones y errores; San Benito advierte en el Capítulo II de la Santa Regla -sobre *Cuál debe ser el Abad*-, que «debe acordarse del nombre que se le da y llenar con obras el apelativo de superior»; que hace las veces de Cristo en el Monasterio, «acordándose siempre que de su doctrina y de la obediencia de sus discípulos, de entrambas cosas se le pedirá cuenta en el tremendo juicio de Dios». Por eso, ahora rezamos con fervor por el alma del P. Eduardo y celebramos esta solemne eucaristía por su eterno descanso, confiados en que, por la misericordia divina, purificado por tantos trabajos, goce de esa alegría a que me refería al principio.

Nos ayuda a pensar así la maravillosa parábola de los talentos que acabamos de escuchar (*Mt 25*): ante el ejemplo de nuestro Padre Lagos, en la perspectiva de una vida enteramente dedicada a su servicio, al cumplimiento de la voluntad de Dios, purificado por tantas y tan prolongadas pruebas, confiamos en que el Señor podrá también decirle a él: «¡Bien, siervo bueno y fiel, en lo poco has sido fiel, te pondré por eso al frente de lo mucho; entra en el gozo de tu señor!».

*Abadía de la Ssma. Trinidad de Las Condes  
Casilla 27021. Santiago 27  
Chile*